

VIII DOMINGO ORDINARIO "C"

2 y 3 de Marzo de 2019.

Sirac, el autor del libro de sabiduría judía (Eclesiástico Sirácides), que fue escrito unos dos siglos antes del advenimiento de Jesús, y con Jesús mismo en el pasaje del Evangelio de hoy dirigen nuestra atención sobre el poder del habla. Vivimos hoy en una época en la que parafraseando un viejo axioma que dice "no pensamiento se deja sin decirlo" a uno que dice "no pensamiento se deja sin tuitear". Todos los días somos bombardeados con una avalancha de palabras y opiniones en *Facebook, Twitter, Instagram, Snapchat*, además de 24 horas de noticias en la televisión, y de los periódicos tradicionales. Si bien las redes sociales, la televisión y otros medios de comunicación tienen muchos beneficios, estas están siendo usadas como una plataforma con estilos de expresión que nos dividen en vez de unirnos como ciudadanos y como una Iglesia.

Varios meses atrás, mi amigo y compañero de clase, el obispo David Zubik de Pittsburgh abordó el tema de la civilidad en un artículo en la *revista América (America Magazine)*, el semanario jesuita. A la luz de las escrituras de hoy, las consideraciones del obispo David nos invitan a reflexionar con respecto de las palabras que hablamos, o tuiteamos, de las redes o medios que escuchamos, y que revela las actitudes y valores que se van a encontrar en nuestro corazón, como también Jesús lo dice en el Evangelio de hoy.

La virtud de la civilidad demuestra fortaleza— no debilidad— de pensamiento, la voz y la convicción. Es una manera de hablar y actuar que toma en serio lo que creo y lo que los otros creen. Incluye un compromiso robusto y apasionado con quienes tienen opiniones diferentes. La civilidad supone que los lazos que nos unen son mucho más importantes que las diferencias que tenemos en importantes cuestiones sociales, políticas y teológicas. Las personas viven y aprenden en comunidades, incluyendo las familias, las tradiciones religiosas, los grupos de afinidades similares y las sociedades civiles y de la iglesia. La civilidad requiere que trabajemos juntos entre y dentro de estas comunidades para propósitos comunes. La civilidad requiere un "lenguaje civilizado". Cuando dirigimos insultos hacia otro ser humano, nos degradamos a sí mismo aún más de lo que degradamos a la otra persona— y demostramos un vocabulario empobrecido. La civilidad es una virtud para la vida. Necesitamos recuperar lo sagrado del lenguaje. Es a través de las palabras que nosotros expresamos vida, expresamos todo lo que amamos, y expresamos todo lo que fundamentalmente creemos.

Para ayudarnos a vivir la virtud de civilidad, el Obispo David propone "Nueve reglas para la civilidad y la integridad para las comunidades religiosas y para todos los demás".

1. En un diálogo sano y civil, nos escuchamos los unos a los otros. Más que simplemente el de "oir", escuchar requiere tiempo y energía, tomando en serio los sentimientos, creencias y tradiciones de los otros para construir puentes en lugar de construir o mantener murallas.

2. La conversación civil presume que cada uno de nosotros trabajemos por el bien común. Se comienza reconociendo las áreas que estamos de acuerdo en vez de las divergencias, y luego nos movemos hacia áreas en donde nuestra perspectiva difiere.
3. La discusión pública civil reconoce la validez de los grupos contendientes en la sociedad o en la iglesia. El objetivo no puede ser apagado (o vociferado) en otra voz. Al mismo tiempo, las ideologías que degradan la dignidad de la vida y de las personas humanas basadas en la raza, el credo o origen deben condenarse de manera firme y no violenta.
4. La civilidad muestra respeto por la persona con quien difiere.
5. La civilidad funciona para la inclusión de todos los miembros de la sociedad y es especialmente sensible a las minorías y las personas marginadas.
6. La civilidad distingue entre hechos y opiniones. Dejemos que los hechos hablen por sí mismos cuando sea posible. El fallecido senador Patrick Daniel Moynihan lo expresó mejor: *"Todos tienen derecho a su propia opinión, pero no a sus propios hechos"*.
7. La civilidad exige cuando ocurren desacuerdos sobre hechos o ideas en conflicto, que mantengamos el tema como el foco, y de no arremeter contra la persona que lo propone.
8. La civilidad no asume o impugna los motivos de otra persona. Puede haber, y a menudo lo hay, más para una persona o situación que lo que pueda parecer a primera vista.
9. La civilidad me pide que sea autocrítico. El diálogo honesto me ayudará a examinar las raíces de mis propias posiciones, lo que me llevará a clarificar— y a veces modificar— mis convicciones.

La civilidad es una virtud, un hábito de elecciones y conciencia, que da forma a la manera en que nos relacionamos con los demás. Como todas las virtudes, se aprende a través de la decisión deliberada de practicarla diariamente. Después de que todo lo que se ha dicho y hecho, ¿no es esto lo que significa vivir el Evangelio? Jesús nos mostró ambos, el de hablar y el de escuchar. Él sabía cómo cambiar los corazones. ***"El hombre bueno saca el bien del tesoro de bondad que tiene en su corazón. El malo saca el mal de maldad, porque de la abundancia del corazón habla la boca."*** (Lc. 6:45).

(Nueve reglas para promover la civilidad: Sabiduría Oportuna de la Tradición Católica. David A. Zubik. *América*. 8 de Julio de 2018)

Padre Jim Secora